

Montes de Oca, al lado de muy buenos cuadros de pintura que representan individuos de la familia Angelini. En el lugar de honor se ve un precioso trofeo de nuestras armas nacionales, ejecutado en plata por artistas de México, obra exquisita de arte, que Angelini conserva con cariño como regalo de un mexicano. Delante de todos estos recuerdos de la Patria no puede uno menos de sentirse bien al llegar á la casa de Angelini, y si á esto se agrega que se oiga hablar al Cónsul el español y nos hable de México y de nuestros compatriotas, como de cosa y de personas conocidas; tiene uno que experimentar simpatías por aquel hombre y fraternizar con él como lo hace uno con los propios compatriotas á quienes encuentra en el extranjero. Más de una vez tendremos ocasión en el discurso de esta obra para ocuparnos de la persona de este buen amigo á quien tanto debió la Peregrinación mexicana en cuerpo y los individuos en particular.

Durante nuestra permanencia en casa de Angelini llegaron algunos de los compañeros. Uno venía á solicitar su tarjeta para presentarse en el grupo de los que debían recibir la Comunión de manos del Santo Padre; otro ocurría á informarse qué traje debía llevar; éste le preguntaba dónde se hallaba alojado un compañero á quien tenía necesidad de buscar; aquel le presentaba una letra de cambio, para que gestionase su cobro; alguno le entregaba un saco que contenía pesos mexicanos para que se los convirtiese en moneda corriente del país; quien le pedía informes sobre el lugar en que se compraban rosarios para presentarlos á la bendición del Santo Padre; quien le encomendaba gestionar la consecución de alguna gracia. Angelini satisfacía con prontitud á todas las demandas; á uno le daba lo que le pedía; á otro le suministraba las noticias que solicitaba, á éste le suplía una cantidad de dinero mientras se cobraba la libranza, á esotro le ofrecía ocuparse en su negocio dentro de pocas horas ó pasado el día de la Audiencia; con alguno se daba cita para determinado lugar; y así atendiendo á cada uno con buena voluntad y con afanosa solicitud, á todos dejaba complacidos, y todos se retiraban satisfechos.

Las horas que del día nos quedaron libres, breves fueron para desempeñar multitud de ocupaciones personales, y al paso fuimos recorriendo calles y viendo edificios y admirando monumentos. Por donde quiera teníamos el gusto de encontrar á nuestros compatriotas; unos comprando rosarios y cruces y estampas, otros proveyéndose de ropa y algunos objetos de uso personal. Por aquí tropezábamos con un grupo que andaba buscando en dónde se cambiaba moneda; por allí nos detenían unos pidiéndonos informes sobre el lugar en donde se podría encontrar un sacerdote para confesarse; de repente se paraba un coche en que iban tres ó cuatro amigos que deseaban saludarnos y pedirnos instrucciones acerca de la hora en que debíamos estar reunidos al día siguiente: más adelante algún compañero nos preguntaba la dirección de la Casa de Correos. . . . Podrá parecer exageración, pero siendo tan grande la area que ocupa la ciudad, no había una sola calle ó un sitio frecuentado en donde no encontrásemos un mexicano.

No pudimos prescindir de emprender por la tarde una breve excursión al famoso Colosseo, al célebre Anfiteatro Flavio, la obra más gigantesca de los antiguos romanos, el lugar del sacrificio de millares de cristianos, el monumento más importante de la opulencia y del poder de la Roma pagana, á la vez que de la ferocidad y sanguinarios instintos de sus pobladores.

Tanto como habíamos deseado ver la grande obra de los Papas, San Pedro, ansiábamos visitar el edificio más grande que construyeron los emperadores. Estaba declinando el día cuando llegamos á ese sitio. Eran las siete y media de la tarde. En el mes de Mayo en Roma comienza á oscurecer á las ocho. Estábamos, pues, en el crepúsculo vespertino. El Colosseo veíase entre luz y sombras. Sus clásicos contornos, sus severas líneas se destacaban del fondo azul de un cielo transparente, como los tristes recuerdos que evoca se desprenden de ese cuadro de soberbios matices y de fuertes contrastes que forma la historia del pueblo que durante algunas centurias se enseñoreó del mundo.

Sin detenernos demasiado en contemplar el exterior del edificio, que de paso diremos nos pareció más deteriorado de lo que creíamos, penetramos en el interior. Deseábamos entrar en la arena; deseábamos ver el lugar enrojecido con la sangre de nuestros mártires; queríamos venerar aquel sitio sagrado en donde la firmeza de los primeros cristianos adquirió tan brillantes triunfos contra el paganismo; en donde se pusieron los cimientos amasados con sangre de ese gran edificio de la Iglesia, que había de levantarse sobre las ruinas del poder colosal que pretendiendo aniquilarla se aniquiló él mismo. Penetrados de estas ideas y sobrecojidos de una especie de terror, recorrimos el vasto pavimento, destruido hoy en gran parte, en donde se verificaron tan sangrientos combates entre los hombres y las fieras; en donde pasaron tantas escenas de horror; en donde innumerables víctimas inocentes perecieron á la vista de millares de espectadores que gozaban con placer salvaje de esos horripilantes espectáculos, dignos de la más estúpida barbarie.

Al pisar aquel suelo sagrado; al dirigir la vista en su derredor no pudimos menos de transportarnos con la imaginación á diez y ocho siglos atrás, y vimos primero los numerosos grupos de israelitas cautivos ocupados en edificar aquel inmenso circo; los vimos escualidos, medio desnudos, subir y bajar por los andamios, conducidos por sus capataces y obligados bajo el látigo de sus vencedores á prestar el concurso de su personal trabajo á la edificación del soberbio edificio; vimos después de terminado éste las extensas graderías y todas las localidades altas ocupadas por cien mil espectadores; vimos la arena cubierta de gladiadores empeñados en terribles luchas; vimos en seguida á las fieras despedazándose unas á otras en desiguales lides; y vimos por último á esas mismas fieras devorando á los hombres, y á ese pueblo bárbaro aplaudiendo y lanzando gritos de salvaje alegría, y confundiendo el rugido de las fieras con los ayes de las víctimas, y la sangre corriendo por el suelo. y nos llenamos de horror, y apartando la vista de aquel espectáculo y elevando nuestra alma á Dios, é implorando en

nuestro favor la intercesión de los que á tan alto precio compraron la Gloria, nos postramos en tierra y quedamos sumidos por un largo rato en profunda meditación.

La noche había comenzado á extender su negro manto en el firmamento. Debíamos retirarnos, y con la cabeza inclinada, tristes y pensativos tomamos la dirección de la salida, y á paso lento fuimos andando hasta encontrar el coche que nos había conducido.

Antes de que la luz crepuscular enviase á la tierra los primeros destellos que preceden á la salida del sol, ya habíamos dejado el lecho, y despertando á nuestros compañeros de alojamiento, nos apresuramos á disponer lo necesario para estar listos á la hora de salir. ¡Cuánto tardó ésta! A las siete y media de la mañana un landó tirado por dos frisonos de color retinto, se paraba delante del zaguán de la casa. Minutos después, vestidos en traje de etiqueta bajábamos la escalera é instalados en el coche éramos conducidos en dirección de San Pedro. Habíamos dado orden al cochero para que nos introdujese al Vaticano por el patio de San Dámaso. Para ello debíamos atravesar la calle que rodea la Basílica, y tuvimos ocasión de admirar el magnífico templo en todo su espléndido exterior. Todos los muros de San Pedro, por la parte de afuera, están cubiertos de travertino, una especie de cantería de color amarillo con hermosos jaspes del mismo color un poco más oscuro y á veces blanco. Todas las paredes desde abajo hasta arriba están decoradas con cornisas, con pilastras, con nichos, y estos y las ventanas adornadas con molduras de gusto exquisito; todo con la más perfecta unidad y admirablemente ejecutado.

En el capítulo anterior hemos dado cuenta de lo que vimos, observamos y sentimos antes de llegar á la puerta principal del Vaticano. Al pasar nuestro coche, los suizos que custodian la entrada, echaron armas al hombro. ¡Nos tomaron acaso por algún personaje de alta categoría en la corte pontificia, ó es que debiendo ser honrados por el Sumo Pontífice con permitirnos asistir á su Misa, los guardias de Pala-

cio se creyeron obligados á honrar á quienes tanto íbamos á serlo por su Soberano?

Entramos al patio de San Dámaso. Cuando se penetra en este inmenso patio, tan grande como el principal del Palacio nacional de México, no puede uno contener un movimiento de sorpresa al admirar el imponente aspecto que ofrecen sus tres alas con tres órdenes de corredores cubiertos con cristales, formando un conjunto verdaderamente majestuoso.

El gran genio del Papa Julio II, hallando mezquino el patio que había mandado formar Paulo II en este sitio, hizo demoler la fachada interior y encargó al célebre Bramante que construyese una nueva; pero muerto el pontífice y habiéndole seguido al sepulcro el arquitecto, León X ordenó á Rafael que continuase el edificio con mayor magnificencia, decorando sus pórticos con estucos y pinturas. Ese sublime artista fué quien arriba del piso inferior levantó en la ala principal los tres órdenes de corredores, que por esto se llamaron "Logias de Rafael." Los dos primeros se dividen en arcadas con pilastras dóricas en el más bajo y jónicas en el que le sigue; en el último son compuestas y sostienen un magnífico arquivado. Posteriormente Gregorio XIII y otros de sus sucesores hicieron levantar las dos alas restantes de corredores siguiendo el mismo elegante estilo de Sancio. Por el exterior están contruidos de travertino y se hallan cerrados los arcos con unas magníficas vidrieras que mandó construir en su mayor parte Pío IX.

Entrando al patio de San Dámaso, á la derecha, hay una puerta que conduce á la magnífica galería ó ambulatorio que se llama del Bernini, porque de allí rompe la soberbia *Scala regia* construida por aquel celebrado arquitecto. Dos entradas tiene la galería, la del patio de San Dámaso y la que se halla á su cabecera y da al pórtico semicircular de la derecha en la plaza de San Pedro. Por las dos indistintamente penetraron los peregrinos de México. En la extremidad de la galería que da frente á esta entrada, pasado el vestíbulo en que se halla la estatua ecuestre de Constantino, se levanta la gran escalera del Bernini, verdadera obra maestra del ge-

nio del renombrado artista. Consta de dos tramos; en el primero está adornada con hermosas columnas jónicas y en el segundo con bellas pilastras: aquellas y estas reciben una magnífica bóveda decorada con bajos relieves de exquisito mérito artístico. Por esta escalera subimos para entrar en la Capilla Sixtina. La puerta estaba custodiada por los suizos pontificios. Presentamos nuestra tarjeta de introducción y pasamos adelante. Un distintivo morado y azul que llevábamos en el ojal de la casaca nos hizo reconocer por unas de las personas que debían recibir la Comunión de manos del Santo Padre, y una comisión de camareros de capa y espada nos guió por en medio de la Capilla hasta el presbiterio, en donde se nos indicó el lugar que debíamos ocupar del lado del Evangelio.

La capilla estaba casi llena de concurrentes. Aunque la Misa se iba á celebrar para los mexicanos, habían sido invitados á ella unos peregrinos alemanes que llegaron á la Ciudad Eterna antes que nosotros. Estos fueron colocados á la izquierda y los mexicanos á la derecha. El Santo Padre debía dar la Comunión á sólo 24 personas; eligiéronse catorce de los nuestros y diez de los alemanes. Los mexicanos agraciados fueron los Señores licenciados Garza, Del Hoyo, Salazar, Moreno Cora y López Portillo, el Dr. Cardona, y los señores, Amézaga, Anzorena Luis y Manuel, Pardo y Landa. El Sr. D. Eduardo Ovando, de Puebla, aunque no formó parte de la Peregrinación, se hallaba en Italia en aquellos días y nos esperó en Roma. Fué también de los designados. Ya hemos dicho arriba que nosotros fuimos honrados con la misma distinción.

En una noticia que se dignó remitirnos el Illmo. Sr. Obispo de Yucatán se asegura que también recibieron la Comunión los Sres. Cano, Torres y Casares, delegados de aquella Diócesis.

Serían las ocho y media cuando un murmullo general que se notó entre los asistentes anunció la llegada del Santo Padre. Su Santidad, precedido de algunos camareros secretos y de un grupo de sus guardias nobles, y acompañado de dos

prelados asistentes, se presentó vestido de blanco, trayendo en la mano un hisópo con el cual hizo aspersiones de agua bendita. Ya hemos dicho en el capítulo anterior cuales fueron sus movimientos, cual era su actitud y lo que hizo antes de revestirse los ornamentos sacerdotales. El Papa es sumamente fervoroso en la oración y en los actos del Culto; pronuncia con mucha claridad y ejecuta con notable precisión y regularidad las ceremonias del ritual. Al verle en el altar nadie dudaría que aquel hombre hablaba con Dios, que se hallaba en comunicación inmediata con la Divinidad. Su Misa dura poco más de treinta minutos. Todos los concurrentes permanecieron con recojimiento y devoción. A la hora de distribuir la Sagrada Eucaristía, dos camareros extendieron un almaizal horizontalmente sujetándolo de las extremidades. Otro camarero nos hizo indicación de que nos acercáramos, y colocados en dobles hileras recibimos la Comunión. Ya dijimos arriba cómo pasó este acto y las impresiones que nos produjo. Terminada la Misa, Su Santidad, despojado de las vestiduras sacerdotales, fué á arrodillarse sobre un reclinatorio; allí estuvo rezando en un libro que le fué presentado, y permaneció de rodillas durante otra Misa que siguió inmediatamente. Tuvimos la fortuna de que nuestro lugar fuera el inmediato al Santo Padre, y pudimos verle de cerca un largo rato. Después se levantó para dar la Bendición, en la cual nos conmovió su actitud y el modo como cantó la fórmula de la absolución y la majestad con que levantó sus brazos al Cielo y luego se volvió á nosotros para bendecirnos. En seguida y al retirarse, los peregrinos alemanes, cantaron con la maestría que los de su país saben hacerlo, un precioso himno cuyas armonías nos llegaron al corazón.